

Carolina Delia Hoz de Vila Guzmán

La ofrenda

Carolina Hoz de Vila Guzmán
La ofrenda

Zoraida se abre paso entre la multitud. Pese a algunos achaques y dolores reumáticos, aún se maneja con destreza a su edad. Con unos cuantos sorbos de coñac se siente dueña y señora de la calle, sabe que nadie la detendrá. Gana espacio, sin dejarse aplastar por el gentío que transita nervioso en las aceras esa tarde. Quizá no sea cualquier tarde; el gentío se arremolina, y más hostil que nunca, obstaculiza su llegada. Carga a su sobrino nieto de tres años en brazos. Atraviesa la muchedumbre que se congrega descontrolada en la plaza principal de la ciudad, el kilómetro 0. Se apresura a llegar a tiempo al mejor lugar.

-¡Denme campo! ¡Permiso...! ¡Ay! Cuidado, fíjese -suplica, esforzándose por sobresalir entre el mar de cabezas-. Algunos toman el control de las esquinas, otros le niegan el espacio como muros de piedra que buscan obstruir el paso.

-Hágase a un lado, vieja de mierda -no falta quien la empuja más lejos de la primera fila, o aquellos que aventajan su paso con un giro acrobático y amenazante, que por poco no la arrojan contra el muro de una esquina-. Su diminuto y enjuto cuerpo retrocede, casi a punto de perder el equilibrio, con el niño en brazos. Aun así, se sostiene. Recobra el impulso, al aprovechar un ligero remolino de gente y avanzar cinco filas más.

Se reúne la beatitud cerca de ella. A falta de un oficio entretenido a esa hora, las mujeres de negro misal se refugian en el enésimo rosario, elevando jaculatorias a la Virgen, después del quinto misterio. Repiten la letanía las nobles siervas de la Legión de María, se persignan y besan sus rosarios, como si se prepararan para una eucaristía real: un contacto con la sangre que por tanto tiempo estuvieron esperando. Ven la procesión en cámara lenta, sin perder de vista al mártir, a quien odian como a nadie, aunque a momentos les haga recuerdo a su Señor.

Zoraida compra buñuelos para el niño y para ella, entre tanto, sin decidir todavía dónde acomodarse. Descansa con el niño un poco en la acera; se sientan, mientras las masas esperan el desenlace. Ya para la segunda ronda de buñuelos se da cuenta de que aún no ha visto nada y debe apresurar el paso. No vaya a ser que se pierda lo mejor.

La expectativa de la pasión entretiene a un público que cree en todo lo que lee. Publicaciones que devoran como las novenas religiosas, los pasajes bíblicos y novelas rosa de los folletines. Las damas del Ateneo observan el espectáculo enfundadas en sus abrigos de pieles salvajes y sombreros con pluma de avestruz, mientras que las profesoras sermonean a un grupo de gente sobre la importancia de “salvar a la patria de los canallas

de esta logia militar”. Los caballeros, con su sobrenombre de amabilidad, cierran el paso a la anciana, que aun así logra imponerse ante un tumulto de hinchas de la desgracia.

Esquiva Zoraida también a las vendedoras, a los retratistas, periodistas y fotógrafos que han venido a capturar “el instante de la caída”. Verduleras, carpinteros, estudiantes, costureras o maestros de oficio se van aproximando a un espacio privilegiado, donde el que fuera el primer mandatario de Bolivia hasta hace poco, puede verse, junto a tres desconocidos; dos de ellos tienen uniforme militar, al igual que él, mientras que el tercero es civil. Algunos comentan que el cuerpo del líder fue arrojado del balcón del Palacio Quemado y que ya se encontraba muerto antes, al igual que los dos desconocidos uniformados; en cuanto al tercero, se ignoran los motivos de su final.

-Falta poco –dicen entusiastas los que se autoproclaman líderes de la revolución, junto a maestros, señoras del Ateneo, siervas de María, estudiantes, y obreros-. Aquellos que siguen al rector de la Universidad Mayor, el líder de juventudes que salvará a la nación.

Zoraida eleva a David para que aprecie la función. El niño se acomoda en sus hombros, como si se preparase para un número circense, sin saber a ciencia cierta si lo que ve son cuatro muñecos de trapo o personas que juegan a no moverse, como si tuvieran vergüenza de que los pescaran en sus escondites.

David vive con las tías y la abuela. Casi nunca ve a María Inés, su madre, que se dedica a trabajar en una sastrería a tiempo completo. El pequeño solía jugar con el rombo de madera que le regaló su tía, en el patio central. Todo cambió el día en que su padre le dijo que lo llevaría al parque aquella tarde. El verdadero destino del paseo fue la “Gota de leche”. El ex teniente de la tercera división de algún fortín del Chaco vio la oportunidad de librarse de toda responsabilidad, sin dar a María Inés la posibilidad de recuperar al niño, por más de un año. Por fortuna ella reunió dinero suficiente en ese tiempo para tramitar con un abogado la salida del niño.

Por las noches, en un estado de turbación, David sueña que es abandonado en un tranvía o en un tren con destino desconocido. La misma imagen del colectivo vacío, al que intentó subir la tarde en que escapó del hospicio, se repite noche tras noche, de forma continua y se reprograma con imágenes difusas de algunos roedores que vio circular en el refugio.

Ha empezado a mojar la cama, no sin antes estropear uno o dos colchones y de ganar vitíligo en sus manos, además de los sacudones imprevistos, esos que estremecen tanto a su primo Jesús y que hacen persignar a sus tías, porque piensan que de una posesión se trata. ¿Será por la caída que tuvo en “¿La Gota de Leche”, cuando un niño lo empujó? Los últimos meses ha estado débil, sin atreverse a jugar o a salir al patio del conventillo. Un espectáculo en la plaza no estará demás para Zoraida, hasta podría distraerse.

La figura borrosa es arrastrada por el piso de la plaza, junto a los tres cadáveres que llevan las mismas laceraciones. Barricadas rodean las calles transversales. Un

grupo de personas custodia al “traidor”, junto a los que llaman “sus cómplices”. Se entusiasma la multitud por ver cómo un séquito de verdugos lo llevan en calidad de bultos a la acera, frente al Palacio. La muchedumbre se agita y sobresalta entre gritos, exclamaciones y maldiciones.

En días como este, la plaza principal es un teatro, o algo así como una corrida de toros. La pasión del mártir y de los otros cuerpos les recuerda a la de su señor en Semana Santa o a la de un toro atravesado por las astas. Cuanto placer causa una ejecución pública, recuerda a la carne que apenas probaron en meses debido a la crisis.

-Los desfiles son como las procesiones -piensa Zoraida-.

Asustado por los disparos de fusil, David se tapa los oídos. El tropel se desordena un poco, la policía intenta dispersar a la turba con tiros que lanzan al aire, aunque sin éxito. No comprende nada el niño. Cargan los cuatro bultos y los insultan. La gente se precipita sobre ellos; principalmente sobre el más importante, como si todos quisieran un pedazo suyo. Zoraida se conmociona, se persigna y levanta al niño para que pueda observar aún con más detenimiento el acto.

El hombre es asestado con golpes en el estómago, el mentón y la espalda, aun cuando está ya muerto. Los insultos se prolongan como una concertina acompañada de silbidos, hasta desplomarlo por la acera, junto a los otros tres cuerpos.

David pide un caramelo de los que tanto le gustan. Zoraida lo ignora. Atenta a cada movimiento que se ejecuta contra el cuerpo, parece divertirse. Ahora sujetan al mártir cuatro personas; otras seis levantan el cadáver de a poco; lo van elevando al poste para atarlo con un cordón grueso de varios metros. Repiten el mismo acto con los otros tres cuerpos en los postes contiguos.

Deformado por los cardenales, hematomas y la sangre reseca que cubre su cara, se lo ve a lo lejos. “El amigo de los pobres”, esbozan con sorna palabras de la multitud, “de los huevos te colgarán”. Las protuberancias de su rostro le dan un aspecto casi inhumano e hinchado, al igual que el de un batracio. El sol lo alumbra con agresividad.

David observa con pavor al monstruo que acababan de colgar y siente que su respiración se agita, sin que la pueda controlar. Le empieza a faltar el aire o siente ganas de vomitar; la misma sensación que se despertó en él cuando supo que María Inés no iría a la “Gota de Leche” a recogerlo. Observa el cuerpo, ya incapaz de defenderse, de gritar. La cuerda lo sostiene y lo suspende en el aire. Podría decirse que es un muñeco a merced de las huestes.

Las venas del hombre sobresalen. El rostro se contrae, da la impresión de tornarse aún más violáceo y azulado por la luz del final de la tarde. David ve de pronto al extraño retorcerse, agitando pies y manos en el aire. Sí, cree que se mueve por primera vez. Pero si lo está viendo. “Tíita, mira. Se mueve”, advierte. “No pasa, nada, hijo. No

pasa nada. Está muerto”, responde Zoraida, atribuyendo esa visión al estado delirante del niño. ¿Qué es “muerto”?, pregunta el pequeño. Su tía finge esta vez no escucharlo. Si a David le parece ver a alguien moverse, con convulsiones parecidas a las que tiene. ¿Es que nadie se da cuenta?

Luego el cuerpo se detiene para David, cuelga inerte ante la multitud. No es un ciudadano lo que ciertamente pende en la gravedad. Sin saber por qué, la multitud aplaude frenética. Baja al cadáver del poste, lo toma, se apodera de él y lo desviste. Al lado del mártir se prende una fogata, donde su uniforme militar es arrojado a las llamas. Bajan a los otros cadáveres, aunque no suscitan tanta atención en comparación, y los dejan tendidos en el piso, como si los hubiesen olvidado. Cada uno desea una parte del “amigo de los pobres”. Toman la ofrenda, clavan los dientes sobre ella, como si la rabia canina del hambre se confundiera con devoción por el mártir.

Zoraida piensa que fue suficiente por hoy. David empieza a fatigarse. Probablemente esté de nuevo con fiebre o convulso como la vez que tuvo el primer ataque. Zoraida lo baja de sus hombros. Lo lleva de la mano por atajos y recovecos que lo acercan a la vivienda de rejas oscuras, paralela a la ferrovía. Ingresan al patio central, donde una fuente sobresale con la forma de una ojiva.

Zoraida remoja la cabeza del niño en la fuente, que parece estar caliente y lo recuesta en su recámara. Ya de noche, Heraldo, el gato de la vivienda vecina, atraviesa la ventana que colinda con la recámara del pequeño, lo invita a jugar como tantas veces lo hizo, aun cuando él no tenía ganas.

David despierta. Un poco más hiperactivo y nervioso que antes, toma un pedazo de pita que encontró en el patio, esa mañana. Heraldo juega con la hebra. David sostiene al gato y lo acaricia, mientras va enroscando el trozo de cuerda en su pescuezo, lentamente. Todo asustado y con el pelo erizado, Heraldo intenta escapar, aunque ya es tarde.